

Mi marido: Salvador Elizondo

Paulina Lavista

Me atrevo aquí a hacer una breve semblanza de Salvador Elizondo, mi marido ya durante un cuarto de siglo. Me parece un riesgo, pues no soy escritora sino fotógrafa. Este oficio me obliga a concretar la idea en un instante; el desarrollo de la escritura es complejo y requiere de una disciplina y de un rigor que no son mi caso, pero sí el de haber compartido toda una vida. Es por ello que acepto con gusto esta tarea que no es de mi especialidad.

El primer rasgo de su carácter que yo consignaría, dando por sentada su condición de artista que siempre es misteriosa, es su actitud crítica ante *todas* las cosas. Creo que esta agudeza y atención ejercida constantemente lo hace singular entre los escritores mexicanos, entre otras cosas porque a lo primero que la aplica es a sí mismo. Pero más que crítica es analítica y se diría que nada escapa a su análisis. Aun su escritura refleja ese afán por diseccionar y desmenuzar todo; pero no tiene problemas con la escritura. Nunca lo he visto sufrir porque no le salgan las cosas. Da muchas vueltas alrededor de su mesa. Luego se sienta y, en su cuaderno, a mano, escribe su idea así no más, a la primera. Todo en él está dirigido a lo general. Lo particular no le interesa más que como parte de una generalidad ideal.

Salvador es un lector (o relector) voraz —pero sistemático— en cuatro lenguas y conoce los principios de la escritura china. Comparto sus lecturas porque aunque el tiempo y mi capacidad no me han permitido hacerlas, obtengo de él un digesto o resumen. Algunas de ellas siempre están presentes en nuestra vida. Recuerdo que hace muchos años su entusiasmo por *Monsieur Teste* lo hizo traducirlo para que yo lo pudiera leer. Salvador también pintó al óleo una acuarela de Valèry: “la velada en casa del señor Teste”. Desde entonces nuestro lema doméstico es *Transiit classificando...*, aunque no lo sigamos siempre. En la cocina es muy útil.

Entre las figuras del arte que dominan su vida ocupa el lugar más importante James Joyce. Como profesor de literatura yo diría que es la figura más importante para él. Salvador cree que *Finnegans wake* es el fin de la literatura y que faltan dos siglos para llegar, en cualquier lengua, a ese nivel de escritura literaria.

A lo largo de estos veinticinco años, Salvador me ha contagiado su predilección por autores que proponen una reflexión acerca de la naturaleza de las cosas o de artistas que, mediante la aplicación de una técnica, obtienen armonía y belleza en la obra de arte. Para él la poesía, la arquitectura, la pintura y la música son lo mismo, el resultado de la apli-



Salvador Elizondo.

cación del mismo principio ...o del mismo azar. Leonardo, Poe, Baudelaire, Mallarmé, Valéry y Joyce son sus ídolos tutelares inamovibles, además de un sinnúmero de transitorios, generalmente beisbolistas, toreros, cantantes de ópera.

Es conversador autócrata pero ameno, como si deseara todo el tiempo que el arte de la conversación todavía existiera. Aunque tiene aplomo en el estrado y en la cátedra, es absolutamente impráctico en las cosas de la vida cotidiana. Incapaz de cambiar o depositar un cheque, se hace bolas en el banco automático. Aunque es muy perezoso, es enfervientemente puntual y muy cumplido.

Esta no es sino una forma de entender a Salvador. Hay muchas. Su personalidad cambia según desde donde se le vea. En términos generales, yo diría que estar con él es enfrentarse a un crítico riguroso y severo, que exige ante todo pensamiento e ideas; en todo es así. No es fácil ser su mujer; es sumamente difícil, pero es una aventura fascinante que yo no cambiaría por nada.

Teresa Escobar Rohde

Rosa del Carmen Martínez A.

A finales de 1992 murió la doctora Teresa E. Rohde, eminente especialista en historia antigua e historia de las religiones, cuyo deceso dejó un vacío difícil de colmar, ya que los profesores como ella no llegan todos los días a las aulas.

Dueña de una inteligencia privilegiada, desde muy temprano puesta al servicio de la historia, la doctora Rohde realizó sus estudios de licenciatura y maestría en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y recibió los títulos correspondientes con la distinción *cum laude*.

Don Wenceslao Roces y don Pedro Bosch-Gimpera, sabios maestros y amigos por los que siempre guardaría profundo respeto y admiración, resultaron definitivos para su orientación metodológica y su interés por la Antigüedad, en esos primeros tiempos de su formación como historiadora.

A partir de 1959, gracias a una beca de la OEA, se trasladó a los Estados Unidos de Norteamérica donde inició el doctorado en Estudios semitas en la Divinity School de la Universidad de Harvard. Al regresar a México, la doctora Rohde empezó su labor docente en la Facultad de Filosofía de Xalapa. A dicha institución se sumarían otras más como